



Carta a Ana Clavel

Por América Luna

Querida Ana, te escribo como se le escribe a una vieja amiga, porque algunos de tus libros me han acompañado en diversos momentos de mi vida y, así, entre letra y letra se va tejiendo cierta familiaridad, cierta complicidad, a pesar de la distancia y del anonimato entre la autora y esta lectora.

Leer *Por desobedecer a sus padres* me insertó de golpe en mi primera juventud, cuando llena de emoción llegué a los pasillos de la Escuela Nacional Preparatoria número 1, donde habían estudiado tantos hombres importantes. Allí, en esa película que muchas veces rememoro cuando necesito alegrarme la vida, aparecía un grupo de jovencitos, ávidos lectores como yo, donde destacaba Rubén Darío Galicia. Su figura delgada y sus lentes de evocación lennoniana podían explicar un poco las alegres faltas que acumulábamos en las clases de Historia o de Geografía, donde personas como Rubén o yo no teníamos cabida. Él por su melena beatle y yo por mi empeño en usar pantalones de mezclilla y prescindir de los vestidos políticamente correctos. Los profesores de las materias con que iniciábamos el día escolar habían sido contundentes con nosotros: “Jovencitos, ustedes no entienden el respeto que deben a esta institución. Así que, mientras usted no se corte el pelo y usted vista como una señorita, no entrarán a clase”. El siglo XIX cabalgaba de nuevo en la UNAM.

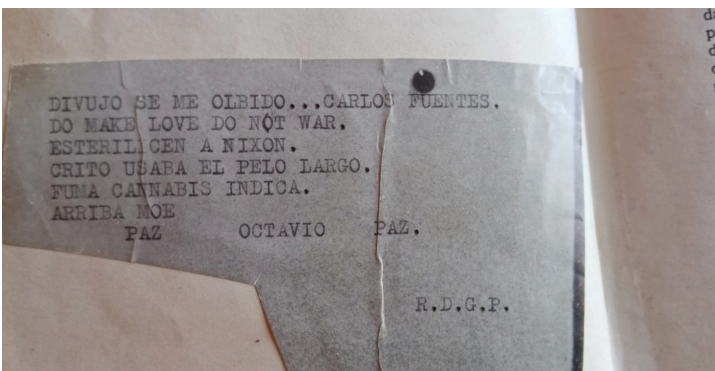
El misterio de “vestirse como una señorita” se diluía rápidamente entre las páginas dobles del *Último round* de Cortázar, que Rubén sacaba de su morral o algún otro libro que trataba sobre el movimiento estudiantil, de los poemas de Rimbaud, Baudelaire y otros más.

Debo confesar que muy pronto tuve que claudicar de esas improvisadas tertulias literarias ante las indicaciones docentes sobre mi atuendo, porque no podía arriesgarme a reprobar las asignaturas. No podía perder la oportunidad de permanecer inscrita en la UNAM, que me costó tanto esfuerzo y que cambió mi vida para siempre.

De modo que mis encuentros con Darío Galicia, Luis Ignacio y los otros compañeros se hicieron más esporádicos, pero no menos definitivos en mi inquieto camino hacia y en la literatura.

En otro momento, también platicábamos de libros, del mundo que nos rodeaba y enfrentábamos a los golpeadores de estudiantes que proliferaban en la prepa (los porros de ingrata memoria), otro grupito de entonces chavos, donde destacaba José Alfredo Zendejas, que al pasar de los años ha sido un reconocido poeta cuyos libros escribía bajo el pseudónimo de Mario Santiago Papasquiaro, por su devoción a José Revueltas, y cuya amistad con Roberto Bolaño también fue recreada entrañablemente en *Los detectives salvajes*, pero esa es otra historia de la cual también das cuenta, pues al final, como diría mi abuelita: “Dios los hace y ellos se juntan” y, en efecto, se juntaron e hicieron importantes innovaciones en la poesía joven de ese momento. Tú lo explicas muy bien.

Poemas de Rubén Galicia, cortesía de América Luna



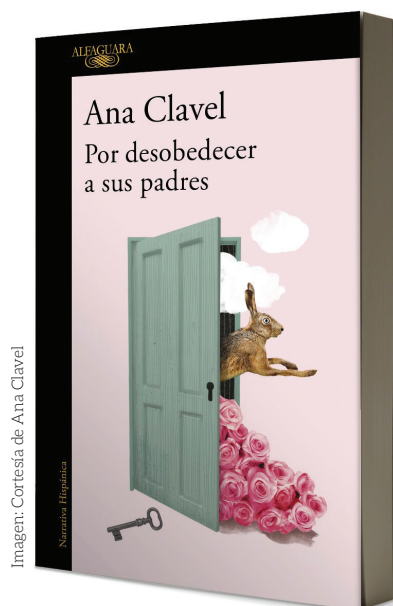


Imagen: Cortesía de Ana Clavel

Pero te sigo contando, Ana. La breve y definitiva amistad con Darío Galicia volvió a mí cuando Agrado me platicó que había recuperado a un tío suyo, por demás *outsider*. Acto seguido, me envió los poemas que le había publicado la UNAM y me sentí francamente conmovida al descubrir en ellos a mi viejo amigo.

Lo más sorprendente fue cuando Agrado, nuevamente, me anunció que la escritora Ana Clavel había publicado un libro sobre Galicia/Alicia, San Epifanio G.Alicia y que se presentaría en Metepec, en el otoño del 2022. La noticia me entusiasmó y me dispuse a encontrarte para platicar, lo que ahora hago. Por complicadas circunstancias familiares, no pude asistir a esa presentación. Afortunadamente, una buena amiga me hizo llegar el libro.

Al empezar a incursionar en sus páginas, me encontré con una verdadera caja de sorpresas. Al tiempo que, como buena ciudadana del siglo

xxi, empecé a googlear Rubén Darío Galicia Piñón y aparecieron las fotos de un anciano agobiado por la pobreza deambulando por las calles del centro de la Ciudad de México. ¿Cómo es que aquel adolescente habitante de la clase media y chilanga colonia Narvarte había llegado a esa condición precaria? ¿A partir de qué eventos su mirada introspectiva e inteligente se convirtió en extravío? Entonces tu libro, Ana, cobró una urgencia inusitada.

La portada me gusta, la tapa del libro presenta sobre un fondo rosa una puerta entreabierta, y saliendo, de quién sabe dónde, un conejo entre nubes, unas rosas se apilan en un piso imaginario y combinan con ese fondo rosado de donde aparece la puerta y hay, también, una llavecita. Artefacto indispensable para cerrar o abrir, abrir o cerrar. Yo quise abrir la puerta y develar el misterio del conejo y de las rosas que, conociendo a G.Alicia, a Ruben Wilde salvaje y oscariano, tendrían que haber sido claveles verdes.

Pero el libro, más allá de la portada, se había convertido en más que un desafío, en la llave indispensable para develar cómo mi amigo-compañero-mentor, irreverente-sabio y jugueteón había devenido en indigente.

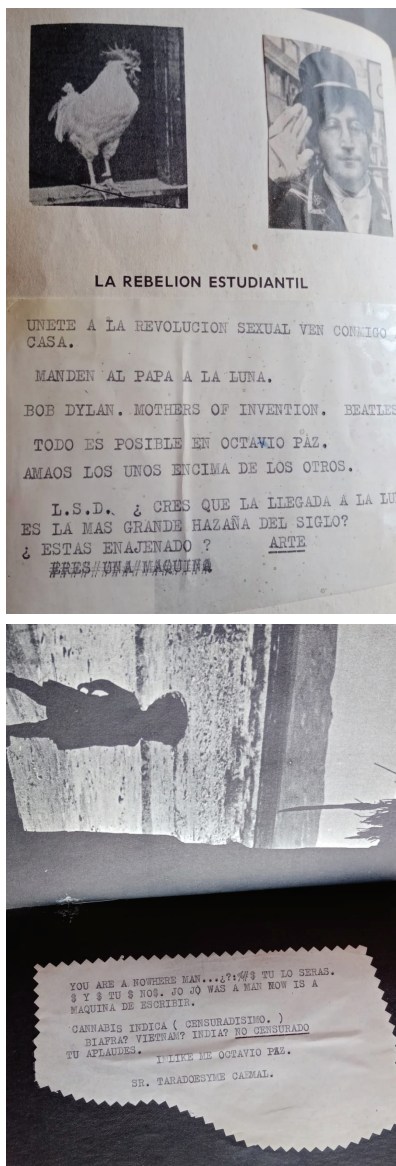
Las primeras páginas me reciben con el "Umbral", subtítulo "Cuento largo con cola de gato". Me encanta este recibimiento a un libro *sui generis*, como a quien está dedicado, tan especial como quien lo inspiró y desató un prodigio de palabras y lluvia desahogada de ideas, crónicas, diario de campo, cuentos y relatos. La belleza y originalidad del formato editorial

son el hilo de Ariadna que nos permite ir por tu inquietante e imaginativa escritura y por la tortuosa y laberíntica vida de Ruben Wilde born to be wild, renombrado por ti una y otra vez y, también ahora lo jugueteo yo. Me encanta, la inclusión de fotos, de anécdotas, de notas de investigación para viajar a través de un espejo escritural en la tragedia de Alicia, Galicia, Galicia Piñón, querido Rubén.

Tal vez, estás de acuerdo conmigo en que cuando tu adolescencia te colma de sueños y te impulsa a múltiples travesuras, no te imaginas que, en ocasiones, vas al filo del abismo o de la navaja, como acotaba Somerset Maugham. Directo al abismo como le pasó a mi querido amigo. Y todo porque le gustaban otros chicos como él, y todo porque su mamá leyó sus poemas anhelantes de cuerpos masculinos.

Y sus rutilantes poemas que causaban sensación no solo entre la banda infrarrealista de Belano/Bolaño, Mario Santiago y compañía, sino en los talleres literarios de Punto de Partida y demás élite literaria. Sus palabras decantadas y sentidas le hicieron acreedor de la beca Salvador Novo. Sin embargo, por desobedecer a sus padres en el deber ser, un universitario ingeniero, arquitecto, pero no poeta, mucho menos homosexual, fue a parar a un quirófano donde le extrajeron ¿sus impulsos homoeróticos o dizque un aneurisma? Y desde ahí, lo dices muy bien, Ana, lo empezamos a perder, a perder, a perder.

Su cuerpo afilado se convirtió en sombra de sí mismo, en un tiempo de canallas donde al igual que él, cientos



de jóvenes que habiendo sobrevivido el 68 tomaron las armas para luchar contra el sistema, contra la gran costumbre, como decía Cortázar, y fueron desaparecidos por la infame Brigada Blanca, sombra de esas muchachas y muchachos ingenuos y aguerridos, cuya desaparición también les han quitado el sueño a sus madres y padres.

Ups, Ana, debo confesarte que estaba escribiendo esta carta para

ti, pero me asalta la necesidad de hablarle a mi ausente, y no, Alicia Galicia. Me descubro escribiéndole, pero tacho y rehago el párrafo, y reafirmo que, si no hubiera sido por tu libro, su presencia se me hubiera perdido en los recuerdos, en la traicionera memoria, porque fotos no nos hicimos o al menos eso creíamos. Nosotros no teníamos la costumbre gringa de que al salir de la high school nos tomaran una foto para el infaltable anuario.

¡Cómo se me ocurre semejante idea! Aunque, fotos tal vez sí las hubo, pero para ponernos en un listado ¿negro, morado, arcoíris? Fotos incidentales, y abajo no sé si el nombre completo o las iniciales, los datos de la generación y luego “quiso formar un partido comunista homosexual” y de ella “izquierdista propagandista de la emancipación de la mujer”. Cuando egresamos, nuestro director y los hombres de traje debieron sentir algo de alivio. “Bola de escuincles latosos, buenos para nada, por fin se largan”. ¿Habrán dicho eso? Si los hombres de traje vivieran ahora, ¿se conmovieran del destino de DaRío San Galicia? O dirían que eso le pasó por desobedecer a sus padres, a la autoridad, pues. ¿Quién puede saber?

Años, muchos años han pasado, pero no solo es tu libro, Ana, el que me

devuelve a las mañanas luminosas de la prepa 1, aquí tengo entre las manos otro libro: *A la luz del día: prohibido, prohibir*, frase catapultada de los muros del barrio de la Sorbona, del iracundo y sorprendente mayo francés. *Prohibido prohibir* era nuestro mantra, “prohibido prohibir, prohibido prohibir”. Aunque, además de consigna, también era un libro, y lo leíamos entre todos. Un libro hermoso, de los pocos que en esa época tenían fotos, pero que Darío había redecorado con fotos del Che y de Fidel, y le había pegado en los espacios vacíos varios poemas suyos, “balbuceos literarios”, decía, tecleados en su máquina de escribir. Amé el libro, sus proclamas, sus sueños enunciados; ese era el verdadero tesoro de la juventud y Darío me lo regaló.

Como tú, querida Ana Clavel, que me regalaste con tus atrevidas, imaginativas y traviesas escrituras al DaRío Galicia que conocí, pero también al que no me imaginaba. Gracias por tu libro-travesía, evocación requerida, homenaje *collage* para un personaje emblemático de la cultura mexicana del siglo veinte.

Gracias, porque tu libro fue llave, pasaporte que me permitió volver a los quince después de vivir un siglo.

Te abrazo



América Luna Martínez es doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, maestra en Estudios Latinoamericanos por la UAEM y socióloga por la UNAMéx. Es investigadora y profesora de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la UAEMéx. Publica e imparte conferencias y talleres sobre género, cultura, cine y literatura.